

MAX HENRÍQUEZ UREÑA, *De Rimbaud a Pasternak y Quasimodo*. Tezontle, F. C. E. México, 1960, 256 pp.

AUTOR DE muchas obras fundamentales para el estudio de las corrientes literarias en la América Hispánica, de una bellísima recreación de *Los trofeos* de José María de Heredia, Max Henríquez Ureña ha permanecido atento al desarrollo de las literaturas contemporáneas, y en este libro reúne veintidós ensayos escritos para la prensa cultural de nuestro continente. Destinados a un público de muy diversa formación, no menoscaban el equilibrio de la prosa ni la coherencia de sus afirmaciones.

Al cumplirse el centenario del nacimiento de Jean Arthur Rimbaud, Henríquez Ureña emprende el estudio de la obra y el mito de ese joven tocado por la genialidad que en la adolescencia escribe poemas admirables, y que después de innovar y renovar la poesía de su país, abandona las letras en 1874, al cumplir los veinte años. A continuación examina el trabajo poético de Georges Rodenbach, nutrido del recuerdo de *Brujas, la muerta*, la ciudad flamenca que corporiza la melancolía del poeta que, merced a una aguda percepción, conoció el alma de las cosas. Combatido, admirado —a semejanza de todo gran escritor— Paul Claudel, irreductible hombre de letras, nunca sacrificó su propio gusto para halagar al público, y a la postre logró conquistar a la multitud.

Uno de los mejores trabajos de este tomo es *Boga y tránsito del suprarrealismo*, enjuiciado a través de las ideas y sentimientos de sus animadores: desde Tristán Tzara, que engendró el advenimiento del dadaísmo, hasta Breton que codifica en sus escritos esa impetuosa abolición, ese caos subjetivo que “recogió la inquietud contemporánea y trajo junto con una morbosa sensibilidad una nueva forma de expresión, lo mismo en las letras que en la música y en las artes plásticas”.

Serena y objetivamente contemplada, años después del snobismo que propició su boga, la literatura existencialista (*naturalismo metafísico*, según Gaetan Picon) no se halla hipotecada a su teoría; comprometida con ella no es sólo juego estético; transparenta sus tesis pero no llega nunca a constituir escritos tendenciosos, ancilares. Sobre las huellas de Kierkegaard, Heidegger, Husserl, Sartre ha formado su existencialismo personal, armonizando conceptos dispersos, contradictorios en apariencia. En el terreno literario, Sartre es un auténtico escritor. Simone de Beauvoir halla su mejor campo en el ensayo y algunas veces en la novela (*Los mandarines, La invitada*) Jean Genet entrega su pericia verbal a la exaltación de los aspectos repugnantes de su confusa libertad. No conciliable con las tesis sartreanas, el existencialismo cristiano de Gabriel Marcel cree que si la angustia se hermana con la fe, el espíritu conocerá nuevos caminos. Hombre rebelde contra el orden del mundo, y por ende contra el absurdo (en el que vivió y murió, paradójicamente) Camus se apartó de la ortodoxia existencialista y recibió el Premio Nobel en el mejor momento de su producción, ya en plena madurez.

A los mencionados en esta breve reseña, siguen otros ensayos, no menos interesantes y valiosos: *Literatura inglesa contemporánea, Letras neohelénicas de hoy, El mundo autobiográfico de Pasternak, Quasimodo y la nueva poesía italia-*

*na*. Sería injusto con el excelente libro de Henríquez Ureña si no señalara, humildemente, mi discrepancia ante ciertas opiniones.

En primer lugar: ¿por qué incluir el caso Sagan en un panorama de la *literatura* que se escribe actualmente? En segundo, me asombra el escaso fervor con que M. H. U. juzga a Conrad y a Thomas Mann. Al autor de *Lord Jim* le reprocha los nombres geográficos incluidos en *Nostramo*, la novela americana que el gran narrador consideró el más acabado de sus empeños. La realidad de la ficción no es nunca (homenaje a Perogrullo) la realidad del reportaje o de la crónica. Y ¿es posible decir que Mann no es un artista sino un artífice, reaccionario por añadidura; que en su acervo no existe “una obra de aquellas que ejercen fuerte influjo sobre la conciencia humana durante siglos”; que, observador más que imaginativo, construye “epopeyas de gabinete” en las cuales prevalece la maestría de la ejecución?

Más allá de estas pequeñas diferencias, acaso sugeridas por un criterio personal, *De Rimbaud a Pasternak y Quasimodo* es un ameno recorrido por las evoluciones de la poesía y la literatura europeas contemporáneas y una magnífica introducción al universo de los grandes creadores. Su información y su instrumento crítico hacen de éste un libro que acrece y que sostiene la jerarquía de Max Henríquez Ureña dentro del pensamiento americano.

J. E. P.



ALÍ CHUMACERO, *Páramo de sueños* seguido de *Imágenes desterradas*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1960, 107 pp.

POETA CADA vez más dueño de sí, Chumacero ha alcanzado con su libro *Palabras en reposo* y sus poemas más recientes (*El proscrito, Salón de baile, Alabanza secreta*) la perfección y la destreza prefiguradas en *Páramo de sueños* (1944) e *Imágenes desterradas* (1948), títulos que hoy reedita sin variación en sus estrofas.

El desconcierto que recibió a estos volúmenes se vuelve a hacer presente: lejos de la idea amable que prevalece acerca del trabajo poético, por encima de la profu-

sión, de la incontinencia verbal que es el hierro candente de nuestra lírica, Chumacero se vence y se rescata en cantos cuya profunda intimidad se halla salvada por el rigor y la limpieza expresiva.

Próximo a la severa desnudez de algunas páginas de Villaurrutia o de Cernuda, Chumacero rehusa el espejismo rítmico, las imágenes de gastada belleza. En él prosigue y se renueva la gran línea poética que, iniciada en Sor Juana, erige *Muerte sin fin*, el poema mayor de nuestra literatura.

La desolación, el sueño, la nostalgia confieren al desplomado peso de los años un prestigio de ruina al que el poeta enfrenta sus palabras. Dar nombre al tiempo, glorificar el secreto, transformar el vacío, ante el desamparo y las cenizas de la esperanza, son los atributos de esta poesía rebelde en su derrota, testimonio de vida en su misterio, que escribió Alí Chumacero como principio de una labor que ha dado —y va a dar— muchos de sus poemas más ilustres a la expresión contemporánea mexicana.

J. E. P.

GUSTAVO FLAUBERT, *Tres cuentos*. Austral, 1259. Espasa Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires, 1959, 144 pp.

EN SU controvertida y desigual *Historia de la literatura francesa* afirma Thibaudet que el autor de *L'éducation sentimentale* redactó estos *Trois contes* fácilmente, sin el terror ante el lenguaje que ha hecho famoso su *Correspondencia*. El primero de ellos, *Un cœur simple* —obra maestra del relato que anuncia lo que en años siguientes escribiría Maupassant— es la historia de Felicidad, una vieja criada, recogida en la crónica de la familia Flaubert. La *Légende de Saint Julien l'Hospitalier*, toma sus episodios de las imágenes de un vitral normando (en 1845, un cuadro de Breughel contemplado en el museo de Génova sugirió a Flaubert *La tentation de Saint Antoine*). Herodías, cuadro de la muerte de Iakannan, Juan el Bautista, inspiró *Salomé* de Oscar Wilde, que Sara Bernhardt estrenaría en 1893, trece años después de la muerte de Flaubert. (Los tres cuentos se publican el 1877, cuando Wilde tenía veintiún años y viajaba por Grecia ajeno a su destino.)

Cumplida la parte esencial de su obra, Flaubert quiso recuperar en estos cuentos el sentido de sus grandes creaciones. Sólo restaba *Bouvard et Pécuchet*, publicado inconcluso, póstumamente. *Un corazón sencillo* vuelve a la provincia, al mundo de Emma Bovary. La leyenda de San Julián tiene espíritu idéntico al del libro en que Flaubert dejó mayor esfuerzo. *Herodías* reconstruye una época histórica, con la minuciosidad empleada en *Salambo*.

Escritor absoluto, Flaubert es un clásico y, como tal, un olvidado por los lectores de nuestro tiempo. Su inclusión en una serie popular y ampliamente difundida tal vez suscite curiosidad por las otras novelas. Fluida y correcta, la traducción de Luis Bello no sugiere la verdadera prosa de Flaubert. A mayor abundamiento, maneja arcaísmos y palabras locales que vulneran el placer siempre ofrecido por estas letras del orden más perfecto.

J. E. P.